

Dígase en hora buena, que las señales son relativamente escasas; en eso estamos conformes, porque es la pura verdad. Pero esto lo que prueba es que la inmersión fué muy transitoria, que los mares no pudieron allí establecerse de una manera fija, porque entonces lo debían haber dejado marcado todo con sus huellas; prueba, en una palabra, que la inmersión fué repentina y pasajera (1), mas al fin, en medio de todo, lo que prueba es que hubo inmersión, ó mejor dicho invasión.

Los mares no se han establecido pues de un modo permanente en Europa, pero la invadieron con rapidez y violencia, penetrando por el N. O. y arrancando de los glaciares allí establecidos, prodigiosas masas de hielo, cuyos materiales erráticos, á veces enormes, se fueron á depositar con preferencia hacia el Este, á una distancia inmensa de los lugares de origen. Así se explican tantos depósi-

se nota la presencia de ese raro lodo arcilloso, característico de la gran inundación.

Pueden verse otros muchos ejemplos en Geikie, *The Great Ice Age; Prehistoric Europe*, en Boule, *Essai de paleontol. strat. de l'hom.* (en la *Revue d'Anthropologie*, 1888); en Penck, *Die Gletscherformation Norddeutschlands*; en Falsan, *La Période glaciaire*; etc.

(1) Según hemos dicho ya en otro lugar, el mismo Lyell reconoce (*Manuel de Géologie*, t. I. cap. I), que: "Una inundación pasajera puede suponerse que dejara acá y allá, en pos de sí, algunos montecillos aislados de lodo, de arena, de guijarros, confusamente mezclados con conchas."

tos de conchas marinas, propias de los mares del Norte, y algunas esencialmente árticas, como entonces se acumularon en muchísimos y variados puntos del Continente, y hasta en elevados montes y aun en las islas del Mediterráneo. Así se explican perfectamente tantas piedras erráticas, algunas de un peso incalculable, como se hallan en Rusia, en Polonia, en Alemania, originarias de Finlandia ó de Escandinavia, y que recorrieron ese trayecto asombroso sin perder la vivacidad de sus aristas y sin que les hayan servido de obstáculo ni las hondonadas, ni los montes, y ni siquiera el mar Báltico (1). Así se explica que semejantes materiales existan en parajes donde claramente parece notarse que no se han establecido glaciares, donde las formaciones diluviales se sucedían tranquilamente. Así se explica que después de haber recorrido tan largos caminos, tan hondos valles y tan extensas llanuras, hayan podido, á veces, ir á depositarse en montañas elevadas. Así se explica, en fin, que semejantes productos hayan ido á intercalarse entre las últimos capas del *diluvium*, que sean contemporáneos de ellas (2), lo mismo que de las

(1) En este punto está muy conforme con nosotros el célebre Lyell, quien defiende con mucho acierto, que todos estos hechos son debidos, tanto en Europa como en América, á la invasión de los hielos flotantes. V. *Manuel de Géologie*, t. I, capítulos XI y XII.

(2) El Sr. Lapparent (*Traité de Géologie*, p. 1270) y el señor

conchas marinas, que allí fueron arrastradas.

Todo se explica en esta suposición, porque esta suposición es la verdadera.

Pero mientras el Atlántico estaba invadiendo la Europa, el Pacífico empezaba á lanzarse con más violencia aún sobre la China.

En el centro del Asia llegan á encontrarse las corrientes de los dos mares, y traban una terrible lucha. Las aguas se agitaban con vehemencia, y unidas á las de la lluvia y á las formadas por el deshielo de los glaciares, se multiplicaron asombrosamente y alcanzaron allí una extraordinaria altura.

Vilanova, (*Geología*, p. 364) reconocen expresamente que la última invasión de los hielos acaeció precisamente hacia fines de la edad diluvial y principios de la del reno. Pero esta invasión fué producida, según dejamos probado, no por una inconcebible extensión de los glaciares del Norte, sino por la invasión de la mar que trajo flotando inmensas masas de hielo de las regiones septentrionales: por eso entre sus depósitos aparecen con frecuencia numerosas conchas árticas, cosa que no se observa en los de los glaciares antiguos; por eso aparecen entonces las grandes masas erráticas, originarias de los países del Norte, que también faltaban antes, pues los materiales arrastrados por glaciares exclusivamente, eran mucho más diminutos y además no podían salvar tantas distancias; por eso en fin, los verdaderos glaciares, amoldados á las rocas, hicieron sentirse allí principalmente sus efectos, dejándolas estriadas y pulimentadas, al paso que los últimos hielos, como que venían flotando, no hicieron apenas más que depositar los peñascos que traían incrustados. Estas tan profundas y tan reconocidas diferencias en los efectos de unos y otros hielos, obligan forzosamente á reconocer la verdadera causa de la invasión de los últimos.

Por eso en aquellos países se encuentran los depósitos del diluvio, en elevaciones de más de 3.500 metros, al paso que en Europa sólo se encuentran en las de unos 1.500.

Las aguas del Pacífico prevalecieron por fin y vinieron luego á lanzarse sobre Europa. Así se puede dar razón de algunos depósitos de conchas tropicales, que se encuentran á veces inmediatamente encima de los de las árticas. Cualquier otra explicación es evidentemente absurda.

§. V. SE HACE VER QUE HAY BASTANTES AGUAS PARA PRODUCIR UN DILUVIO UNIVERSAL, TAL COMO NOS LO MUESTRA LA GEOLOGÍA.—DESAPARICIÓN DE LA ATLÁNTIDA.

SE nos dirá ahora que nuestra teoría es inadmisibile, que todas las aguas existentes no son bastante para cubrir toda la tierra, y que, por lo mismo, la aparición de los Andes y demás montañas del mismo sistema, no pudo producir el diluvio universal.

A esto respondemos que el diluvio universal ha acaecido, según dejamos ya demostrado; que el sistema de los Andes apareció al mismo tiempo; y semejante aparición no pudo menos de producir espantosas lluvias y horribles invasiones de la mar; y que estas lluvias y estas invasiones sucedieron real-

mente, mientras el diluvio se verificaba, según hemos probado también.

Nosotros argüimos del *hecho* á la *potencia*, y nuestra conclusión es legítima. Hemos visto cómo antes de empezar la época del reno, hubo una grandiosa manifestación volcánica, que hizo surgieran del seno de la mar cordilleras inmensas, con lo cual no pudieron menos de producirse, en toda la tierra, terribles inundaciones; hemos demostrado que estas se produjeron realmente; entonces mismo, y en todos los países del globo á la vez, alcanzando las aguas una altura de más de 1500 metros, en Europa, y de más de 3500 en el Asia. Díganos pues que la aparición de los Andes no fué suficiente para producir el diluvio, que nosotros replicaremos mil veces; la Geología nos muestra que lo ha producido en realidad; luego pudo producirlo.

Se nos replicará quizá:—Podría producir una inundación parcial, pero no una universal.—Pues bien, ya hemos demostrado, que la singular inundación que de dejó depositado el loes, se experimentó á la vez en toda la tierra, y que alcanzó 1500 metros por lo menos, en Europa, y 3500 en la China.

Y si ahora se nos pregunta. ¿Dónde había agua suficiente para cubrir toda la tierra hasta las altas montañas? Nos contentaremos con decir que la Geología no nos ha mostrado que todos los montes sin excepción quedaran cubiertos hasta su cima, sino sola-

mente que las aguas recubrieron todo el globo y alcanzaron las alturas que acabamos de indicar. Y para eso bastaba y sobraba la invasión de los mares, junto con las torrenciales lluvias y el deshielo de la mayor parte de los inmensos glaciares, que tan numerosos eran entonces (1).

Pero aun cuando el agua no fuera suficiente, ningún católico tiene derecho á negar, como con tanta ligereza niegan algunos, esa *real* invasión de la mar, verificada por la aparición de los Andes. Si con cinco panes pudo el Señor hartar á 5000 hombres, mejor podría, con el agua del Océano, saciar á toda la tierra. Y no hay por qué empeñarse tanto en excluir del Diluvio toda suerte de milagros, una vez que sabemos que el Omnipotente intervino allí con una Providencia muy especial.

Mas con todo creemos que las solas aguas de la mar eran suficientes para producir el diluvio, tal como nos lo muestra la Geología. Sabiendo que la tierra firme es muchísimo menor que la superficie ocupada por los Océa-

(1) Cubrían de una capa casi uniforme todos los países septentrionales, y además ocupaban las grandes montañas del centro de Europa. El espesor de aquellos hielos era tan extraordinario, que en algunos puntos llegaba á tener 1600 metros, siendo muy frecuente que tuviera 800 ó 900. V. Alph. Favre, *Carte du phénomène erratique*, Falsan et Chantre, *Monographie des anciens glaciers du terrain erratique de la partie moyenne du bassin du Rhône*; y Lapparent, *Géologie*, p. 1253 y siguientes.

nos, y que la profundidad de estos alcanza varios kilómetros, bastaba con que se elevara algún tanto su fondo, y con la impulsión comunicada á las aguas, mediante la aparición de las grandes cordilleras, que además de esto desalojaban un incalculable volumen de aquellas, para que se formara una inmensa corriente, que fuera á inundar las tierras firmes, y pudiera adquirir en algunos puntos, la altura de unos 3500 metros, que es la máxima que se ha podido comprobar, con seguridad.

Y si se tienen en cuenta los grandes núcleos de montañas, que, por una parte, ocupaban un espacio muy considerable y suplían por muchísima agua, y por otra, resistieron á la corriente, obligando á elevarse mucho el nivel, no nos deben extrañar nada esas alturas de 1500 y de 3500 metros, á que se han podido hallar los depósitos diluviales.

Que el fondo del Océano se haya elevado notablemente, es una verdad palpable. Al empezar aquella prodigiosa manifiestación volcánica, antes de que el fuego hubiera podido desahogar su furia, lanzando á los aires los infinitos materiales que componen las inmensas cordilleras, que entonces aparecieron; debió necesariamente hacer sentir sus horribles conmociones y sus efectos expansivos, sobre todo el fondo de la mar. El cual no pudo dejar aquel estado de tirantez y elevación, y volver á su posición normal, hasta pasado el cataclismo, y agotado el furor del

fuego. Mas no creemos que haya debido adoptar exactamente la misma posición que antes; las grandes oscilaciones que debió experimentar, nos hacen creer que se produjeron en él elevaciones y hondonadas, y que muchas tierras debieron quedar para siempre sumergidas. Si se tiene en cuenta, en efecto, la gran cantidad de agua desalojada con la aparición de tan enormes cordilleras, y se recuerda á la vez que con el diluvio se fundieron definitivamente la inmensa mayoría de los glaciares, y que desapareció por completo aquella extraordinaria humedad, que originaba las grandiosas corrientes cuaternarias; tendremos sobrado fundamento para suponer, que, después del gran acontecimiento, se elevó el nivel de los mares de una manera algo considerable, ó bien, que una buena porción de tierra firme quedó sumergida, ofreciendo á la mar *vastos espacios*, donde se encerrara el exceso de sus aguas.

Lo primero es inadmisibile; no se puede comprobar semejante diferencia del nivel de los mares; antes todo nos hace creer, que sólo pudo variar en playas muy limitadas, pero que en general permaneció fijo. Debemos pues recurrir á lo segundo. De esto, por de pronto, tenemos un buen ejemplo, en el antiguo continente; á las elevaciones y emersiones que entonces se produjeron en él, correspondió una depresión, que originó al mar Egeo. Pues bien, á las prodigiosas emersiones de Améri-

ca, debió corresponder una inmersión proporcionada. Y esa no pudo ser otra que la de la *Atlántida*. La Atlántida ya no es un mito; la fábula se transforma en una realidad histórica. Tiene ya muchísimas razones en su favor, y nosotros acabamos de aducir otra nueva. Así es que autores muy graves y competentes, ó réconocen á la Atlántida como un hecho, ó por lo menos le conceden las más vehementes probabilidades (1).

(1) De entre los muchos autores que pudiéramos citar en favor de la Atlántida, nos contentaremos con algunos solamente. El Sr. Lapparent (*Géologie*, p. 1230) dice: «Entre los cambios geográficos admisibles, nos parece conveniente dar cabida á los que han podido cumplirse en el Atlántico norte. El Sr. Suess ha hecho resaltar muy bien (*Antlitz der Erde*, 1884), como en las épocas oligocénica y miocénica, una cadena de islas, sino un continente, unía las Antillas con la Europa meridional. Como por otra parte no se conoce ningún depósito pliocénico, ni en el litoral oriental de los Estados-Unidos, ni en las costas occidentales de la Gran Bretaña, se puede pensar que algunos restos, por lo menos, de esa Atlántida debían existir aún al principio de la época cuaternaria. Su desaparición no pudo menos de producir un trastorno bien marcado, en las condiciones meteorológicas de Europa.» Pues bien, dentro del período cuaternario, no hubo más trastornos que el notabilísimo producido entre la edad del *E. primigenius* y la de reno.

El célebre antropólogo, Hamy decía hace ya bastante tiempo, en una lección dada en la Sorbona: «La existencia de comunicación terrestre en una época remota, entre el antiguo y el nuevo mundo, ha sido muchas veces afirmada en la antigüedad; y se ha creído por mucho tiempo en un vasto continente, la Atlántida, hoy sumergido... La existencia de una Atlántida terciaria nos es revelada por los más recientes trabajos de los paleontólogos y geólogos franceses; por la identidad específica

Y lo más curioso es que, los que en tal concepto la tienen, admiten su desaparición precisamente en la época en que acaeció el Diluvio (1). Esta coincidencia es muy notable.

de cierto número de individuos de las flores y las faunas de los dos continentes, americanos y europeos, conchas, insectos, vertebrados; por la presencia en España de grandes depósitos lacustres, que no pueden explicarse sino por la existencia de inmensos ríos, que derramarán, en estas vastas cuencas, sus aguas durante un tiempo muy considerable; y estos ríos suponen á su vez vastos continentes, que no pueden ser otros que el continente atlántico, entre España, Irlanda, y los Estados-Unidos..»

(1) El abate Robert, conviene con nosotros en relacionar expresamente el Diluvio con la desaparición de la Atlántida. «El continente á que me refiero (escribe en *La Science Catholique*, Enero de 1888, p. 109) y cuyo hundimiento es admitido por gran número de sabios formales, es la Atlántida. (V. doctor Hamy, *Précis de paléontologie humaine*, (1870) p. 70-73; Klee, *Le Déluge, considérations géologiques et historiques*, Paris, 1853; Lyell, *L'Anciennité de l'homme*. 2.^a ed. trad. Chaper, p. 480-485; Jean d'Estienne, *L'Humanité primitive*, en la *Revue des Questions scient.* Octubre de 1882; Marquis de Nadaillac, *L'Atlantide et les oscillations de l'écorce terrestre*, en el *Correspondant* 10 de Nov. de 1882; Donnelly, *Atlantis: the antediluvian world*, 1884; L'abbé Motais, *Plato's Atlantis* en la *Dublin Review*, Jul. 1886; Federico de Botella, *La Atlántida*, 1854; L'abbé Hamard, *La question de l'Atlantide*, en el *Cosmos*, 9 de Julio de 1887, etcétera...) Por cierto, que cuando se lee la relación del cataclismo de Sonda, (V. *Le tremblement de terre de la Sonda*, en la *Exploration*, 9 de Nov. de 1883) acaecido en Agosto de 1883; cuando se ve un territorio de 20 leguas cuadradas abismarse con sus 15.000 habitantes, una cadena de montañas, que media 28 leguas, engolfarse igualmente bajo las aguas, y luego aparecer otra cadena de catorce montañas; cuando se ve la mar enfurecida, haciendo sentir sus efectos destructores á más de 200 leguas, y que llega á 100.000 el número de víctimas hu-

Con la existencia de la Atlántida, se explica de una manera muy natural, el modo como se verificó la invasión de la mar en Europa, penetrando por el N. O. la corriente principal; y con la desaparición posterior, hallamos una depresión bien capaz para encerrar gran parte de las aguas que inundaron todas las tierras.

§ VI. NO OBSTANTE HABER SIDO PRODUCIDO POR AGENTES NATURALES, EL DILUVIO DEBE SER TENIDO POR FENÓMENO MÁS Ó MENOS SOBRENATURAL.

AL buscar en una poderosa energía de la Naturaleza la causa inmediata del gran cataclismo, estamos muy lejos de considerarlo como absolutamente natural en toda su manifestación. Eso quede para el racionalista, que abandonando la luz de la razón, no acierta á ver nada más allá de la esfera de los sentidos. Este podrá maravillarse, y aun reírse (1), de que pensemos que un fenómeno natural, como la universal inundación que la Geología nos muestra, no sólo realizada verdaderamente, sino que también relacionada además con una prodigiosa manifestación

manas, se pueda uno formar una idea, bien débil es verdad, de lo que debió ser el hundimiento de la Atlántida.»

(1) «Quasi per risum stultus operatur scelus., Prov., X, 23.—
Risum reputavi errorem., Eccle., II, 2.

volcánica, muy capaz de producirla, debía acaecer precisamente cuando la malicia de los hombres había llegado á su extremo y exigía un castigo tan ejemplar. Semejante coincidencia le parecerá demasiado rara, y no dudara afirmar que los fenómenos naturales se producen necesariamente, y que el diluvio se tenía que realizar del mismo modo y al mismo tiempo, aun cuando todos los hombres de entonces hubieran sido los más justos.

Pero quien no es *racionalista*, sino *racional* en toda la acepción de la palabra, penetra mucho más allá, y ve que la naturaleza no obra tan ciega y necesariamente como suelen imaginarse los que, por no saber usar más que á medias de la *razón*, no se atreven á llamarse *racionales*. Ve que todos los fenómenos del Universo no se suceden al acaso, sino de un modo ordenado y maravilloso; ve que todos están previstos, todos sapientísima y libremente coordinados y dispuestos por aquella Sabiduría Infinita y Todopoderosa que se llama *Providencia*, y *atingit a fine usque ad finem fortiter, et disponit omnia suaviter* (2).

La misma tradición universal nos atestigua, según dejamos probado, que el diluvio acaeció cuando los hombres se hallaban pervertidos hasta el extremo; que fué un castigo

(1) *Sapientia*, VIII, 1.

el más ejemplar, dispuesto por la Providencia. Y al mostrarnos ahora la Geología que fué producido por una portentosa manifestación volcánica, podemos ver, con sólo las luces de la razón, que si este gran fenómeno natural acertó á realizarse cuando convenía, eso no debió ser al acaso y necesariamente, sino porque así estaba ordenado por Aqué que dispuso todas las cosas *en número, peso y medida* (1).

Si antes de ser creado el hombre, la marcha del mundo material era algún tanto monótona, después que entró allí en escena un ser libre, hacia el cual los demás se ordenan, esa marcha se modifica de una manera notable. Los fríos del período glacial, sucediendo al delicioso clima terciario, que son la desesperación del geólogo, hallan explicación facilísima en presencia de la caída del primer hombre y de la consiguiente maldición que el Eterno fulmina contra la tierra (2).

Y la extrema sequedad característica de la edad del *Reno*, sucediendo á la extraordinaria humedad de la época del *Mammút*, se comprende muy bien en presencia del universal cataclismo producido para borrar la iniquidad del género humano.

Los fenómenos naturales pueden aparecer

(1) *Ibid.* XI, 21.

(2) V. *El Paraíso Terrenal en el Movimiento Católico*, Abril y Mayo de 1890.

cómo y cuando convienen en un todo, cual previstos y ordenados que están por Aqué que todo lo sabe y lo puede; en este caso son puramente naturales, pero demuestran rigurosamente que hay Providencia. Y pueden aparecer cómo y cuando las grandes exigencias del Rey de la Creación los reclama, y fuera del tiempo ó del modo que la marcha acompasada y monótona del mundo irracional los exigía. Y estos parecen también puramente naturales, y no lo son en realidad; porque se hallan modificadas algunas de sus condiciones por Aqué que dió leyes al Universo y se reservó la libertad y el poder de dispensarlas. Tales fenómenos son la desesperación de los sabios de este mundo, que no aciertan á darse cuenta de ellos, á pesar de verlos delante de los ojos. Y entre estos fenómenos parece figurar el *maravilloso* diluvio, cuya época natural pudo ó debió ser acelerada ó retardada, y su intensidad ó su extensión modificada en gran manera. Por eso los geólogos, á pesar de tener á la vista los prodigiosos efectos y aun las portentosas causas inmediatas de la gran inundación, no aciertan á explicarla ni aun á darse cuenta de ella, pues si ven su realidad, no pueden dejar de advertir y admirar su anomalía.

Pero quien tiene la razón esclarecida con la lumbré de la fe, sabe y comprende que ese gran diluvio, de alguna manera natural, y de alguna manera anómalo, révela una mani-

festación extraordinaria del Poder y Providencia de Aquél que, «tactus dolore cordis intrinsecus, delebo, inquit, hominem, quem creavi, á facie terræ, ab homine usque ad animantia... Ecce ego adducam aquas diluvii super terram, ut interficiam omnem carnem.» (1)

Que el Todopoderoso acostumbra á poner en juego los agentes naturales, modificando á veces su tiempo ó su intensidad y condiciones, si la malicia ó bondad de los hombres así lo requieren, no lo pondrá seguramente en duda quien sepa cómo fueron destruidas las cinco ciudades malditas que estaban situadas en el valle de Siddim. En ello intervinieron sin duda considerables manifestaciones volcánicas, que en un grado más remiso se han ido dejando sentir en aquella región hasta nuestros mismos días (2); sin embargo, el Señor parece modificar la extensión y el tiempo del cataclismo, en atención á Lot, que le suplica no sea destruida la ciudad de Sedor. «Ecce etiam in hoc, le dice (3) suscepi preces tuas, ut non subvertam urbem pro qua locutus es. Festina et salvare ibi: quia non potero facere quidquam donec ingrediaris iluc.»

(1) Genes. VI, 6, 7, 17.

(2) V. Lartet, *Comtes rendus de l'Académie des sciences* t. LXII, p. 799.

(3) Genes. XIX, 21, 22.



CAPÍTULO V.



UNIVERSALIDAD DEL DILUVIO.



DEMOSTRADA ya, hasta la última evidencia, la realidad del diluvio, é investigadas sus causas, nos resta examinar ahora las cuestiones referentes á su universalidad. Cuestiones por cierto bien intrincadas y que, á fuerza de debatirse y ventilarse, acabaron por quedar en mayor confusión que nunca.

Las opiniones antiguas no satisfacen á las exigencias modernas, y estas van siendo tantas y tan caprichosas, que no es posible llevarlas, sin renunciar por completo á los fue-